

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 120.—1.º de Marzo de 1875.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Sra. Doña R. A. de G. Dígale V. á la persona que ha enviado los 500 rs., que han caido como agua pura en lábios sedientos, llevando á muchas familias necesitadas auxilio y consuelo. No hemos tenido nosotros poco al distribuir esta limosna, por la cual debemos y sentimos tanta gratitud como los necesitados á quienes hemos socorrido con ella. Bien honra la memoria del que ya no vive, la que en su nombre ampara á los desvalidos.

Doña E. B. y L. Los pantalones de punto, casi nuevos, han tenido inmediata aplicacion para un pobre enfermo muy necesitado de abrigo, y los 40 rs., para varios necesitados de pan. La hermosura de la juventud recibe una aureola divina cuando abre su alma á la compasion y su mano á la limosna.

D. G. A. Llegaron los 80 rs. Bien se hermana una inteligencia que busca la verdad, y un corazon que compadece la desgracia. ¿Qué armonía mas bella que el respeto de los que reciben enseñanza, y las bendiciones de los que reciben consuelos?

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Damos muy de corazon gracias por sus limosnas á las personas siguientes:

A un desconocido.....	Por trapos, algunas hilas y 20 rs.
A la persona que, en memoria de Doña A. M. de G. ^a V., ha enviado.....	2 calzoncillos, 2 camisas, 2 id. de niño para trapos é hilas.

- A Doña Francisca Nieto..... Por 5 camisas, 1 sábana y algunas hilas.
- A Doña Concepcion Acacio..... Por un lio de trapos, y la promesa de agenciar mas.
- A Antoñito Perez Arcas..... Por un lio de trapos.
- A los niños de Acacio..... Por sus macitos de hilas y sus compresas.

Estas últimas las guardo como memoria de unos niños compasivos, porque no pueden tener aplicacion: son muy pequeñas. ¡Queridos inocentes! Vosotros no teneis idea de lo grandes que son las heridas que se hacen los hombres; hay algunas que vuestras manitas estendidas no bastan á cubrir. Cuando hagais compresas, tomad un trapo poco mas ó menos como la cubierta de LA VOZ DE LA CARIDAD. y doblándolo en cuatro, queda bien. Al mismo tiempo que haceis medios de curar, haced propósitos de no herir, ni instigar, ni contribuir directa ni indirectamente cuando seais grandes á que nadie hiera, y así Dios dé paz á vuestros corazones y gloria á vuestras almas.

TRABAJO Y CARIDAD.

No es la primera vez que en esta Revista nos ocupamos de las escelencias y ventajas del trabajo, considerándole no solo como elemento productor y moralizador, sino como cumplimiento de un precepto divino; pues es bien seguro que Dios no ha criado al hombre para vegetar en una ociosidad estéril y peligrosa.

Tambien hemos procurado demostrar en diversas ocasiones, que nadie está dispensado de trabajar en una ú otra forma, pues el que no necesite hacerlo para sí, tiene el deber moral y cristiano de hacerlo por los demás, lo cual es una de las bases de la caridad bien entendida.

Pero tratándose de trabajar en bien de los pobres, se cree generalmente que esto es solo obligacion de los ricos, y en ello hay un error lamentable, sugerido por ese espíritu de sutil egoismo que tan facilmente se infiltra hasta en los corazones que parecen mas refractarios á los malos sentimientos.

Ese egoismo es, en efecto, el que imbuye á la generalidad de las gentes la máxima cómoda, y con apariencias de buena, de que todos los que necesitan trabajar para sí, están dispensados de pensar siquiera en emplear su tiempo en favor de los necesitados y de los pobres.

La apariencia que seduce en este principio consiste en que realmente, en materia de trabajo, lo primero, lo ineludible, lo que forma un deber estricto, es aplicarlo á la manutencion de la propia familia y al cumplimiento de las obligaciones legítimas que sobre cada uno pesan. Pero el error de esta apariencia depende de que sin faltar en lo mas mínimo á ese estricto deber, puede cumplirse el moral que todos tenemos de hacer bien á nuestros semejantes en la proporcion que á cada uno le sea permitido.

En efecto, no se trata ni se pretende que el letrado abandone su estudio, el profesor su cátedra, el funcionario su oficina, el industrial su taller, el simple obrero su jornal, y todos en general el cuidado de sus negocios propios, que tienen obligacion de atender, para dedicarse á trabajar por los pobres. Esos deberes no absorben enteramente todo el tiempo de que cada uno puede disponer. Siempre le habrá, cuando se procure buscarlo con buena voluntad, para ofrecer apoyo al desamparado, consuelo al afligido, socorro material en la cuantía posible á cada uno, enseñanza al que la necesita, y consejo al que con recibirlo puede reportar alguna ventaja. Todo eso es trabajo provechoso de caridad, tan aceptable á los ojos de Dios, como los donativos espléndidos del rico y la limosna mas modesta dada á un mendigo.

Considerado así el trabajo en bien de los pobres, todos podemos prestarlo cuando la ocasion se ofrece ó cuando se busca celosamente esa ocasion, lo cual es mucho mas meritorio. Todo consiste en no distraernos en las dulzuras del bienestar, olvidando á los muchos que sufren privaciones ó desventuras; en pensar que son mas los que gimen que los que gozan; y en tener presente que lo que el vulgo llama rueda de la fortuna, y es mejor llamarlo justa Providencia de Dios, es tan incierto como inseguro, y mal podremos esperar compasion en el dia de nuestra desgracia, siempre posible, si no la tenemos para con los demás en el dia de nuestra felicidad ó bienestar.

Ni se crea tampoco que esta clase de impulsos generosos esté reservada á las clases ricas ó ilustradas. Así como el deber es general, la virtud no es tampoco privilegio de clase alguna. Ricos y pobres pueden hacer bien relativamente á su posicion, y no es estraño el ver que un simple obrero ó un pobre nos dé en esta materia ejemplos que son lecciones útiles, y tácitas reconvenciones contra nuestra indiferencia.

Un ejemplo de esa clase ha llegado á nuestra noticia, que consideramos útil publicar porque tiene circunstancias tan sencillas como excepcionales, que lo hacen altamente recomendable, y mas propio de cuento que de historia.

En una fábrica del Estado (no citaremos cuál es, por no creernos autorizados para revelar el hecho con todos sus detalles personales) existe actualmente una operaria, que ha sido siempre trabajadora excelente y una persona digna. Tuvo la fortuna de contraer matrimonio con un hombre bastante rico, que al cabo de poco tiempo falleció, dejando á su viuda un caudal suficiente para poder mantenerse desahogadamente.

En tal situacion, quizás de cien personas las noventa y nueve hubieran dejado el trabajo manual de la fábrica; pero esta mujer, impulsada por una afición laboriosa á su taller, que tiene quizás algo de gratitud, y uniendo á esa afición un sentimiento mas delicado, ha seguido trabajando como anteriormente, á pesar de no tener hijos, familia ni parientes que mantener.

¿Obra así por economizar y aumentar su caudal, de modo que le deje mayor desahogo en la vejez? Nada de eso: obrar por tal impulso sería una vulgar ambición, y esa mujer no debe tener en sus sentimientos y en sus actos nada que sea vulgar. El móvil de su laboriosidad es mucho mas elevado y generoso: trabaja asiduamente como las demás toda la semana, y al recibir el sábado su salario, lo reparte íntegro entre las operarias mas necesitadas del taller y otros pobres de fuera.

Y esto se verifica en el interior de la fábrica, sin aparato, con la mayor sencillez, cual si fuera el cumplimiento de una obligación imprescindible. Esa generosa mujer no tiene público que la aplauda, ni estímulos interesados que la inciten á hacer lo que hace, ni espera de ello recompensa mundana que la indemnice de su caritativa abnegación. Solo la saben sus compañeras de taller, los pobres y los gefes del establecimiento, á uno de los cuales, justo apreciador de un mérito tan raro, hemos oido referir el hecho con gran placer.

He aquí, pues, una verdadera, aunque oscurecida, heroína del trabajo y de la caridad. Grande debe ser su satisfacción al verse bendecida por sus compañeras; grande y provechoso será su ejemplo en el taller. Al verla trabajar tan bien para las demás, ¿cual será perezosa para hacerlo en su propio beneficio ó en el de su familia?

Sabemos su nombre, pero no lo publicaremos. Parécenos que sería quitarle una parte de su mérito; el de la oscuridad, que lo cubre como velo pudoroso. Basta que el hecho sea conocido para estímulo de algunos, para edificación de todos, y para que la simpatía de algunas almas generosas se asocie mentalmente á nosotros en el tributo de respeto, de admiración y de aprecio que desde aquí enviamos á la laboriosa y caritativa obrera.

Antonio Guerola.

CUADROS DE LA GUERRA.

VIII.

Nunca he podido ver con indiferencia un saco de esos que, llenos de cartas, están en la acera ó en el anden de una estacion, antes de meterlos en el wagon ó en el coche. ¡Cuántos corazones aguardarán palpitantes aquellos paquetes, que se manejan con tanta indiferencia y con tal descuido! ¡Cuántas alegrías, cuántos dolores, cuántos desengaños, cuántos consuelos en aquellos papeles escritos, protesta apasionada del enamorado, última esquivez del infiel, señal de vida del hijo que se creia muerto, ó prueba terrible de que ya no existe!

Y si esto sucede en tiempo de paz, cuando la existencia llega á su término, segun el orden natural, ¿qué será cuando se abrevia por la guerra impía, invirtiendo las leyes de la naturaleza y haciendo que sea la juventud donde principalmente se ceba la muerte?

Hay una batalla; haciendo un cálculo muy bajo, han peleado 50.000 hombres, jóvenes casi todos, que tienen padres, hermanos, esposas, hijos, abuelos tal vez. Es bien poco suponer que cada uno de los combatientes tiene dos personas verdaderamente interesadas en su suerte, y ved 100.000 criaturas sumidas en el mas profundo dolor, sufriendo las congojas de la incertidumbre, preguntando donde estaba tal compañía de tal batallon, inquiriendo si el querido de su corazon estuvo en el lugar de mas peligro, si fue de los que salieron salvos ó de los heridos, de los muertos ó de aquellos cuya suerte se ignora.

El correo en tiempo de guerra, despues de una batalla, ¡oh! apresuraos á llevarle, conductores, y tened, por Dios, mucho cuidado no se pierda alguna de esas cartas que dan la seguridad de que no ha muerto un hombre, que es mas que llevar la vida á los que le aman.

Pero las cartas portadoras de consuelo lo son tambien de dolor. Los que han caido en el campo ó sucumben en el hospital, ya no escribirán á los suyos bien amados. Cuando se ha visto sucumbir á un hombre que debia sobrevivirnos muchos años, cuando se le ha visto sufrir cruelmente y agonizar en la flor de la juventud atravesado por el hierro ó por el plomo, parece que aquel espectáculo es la mayor amargura que ha de causarnos semejante desgracia. Hay otra mayor. Mientras vivia el triste, aún teníamos alguna esperanza

de que se salvara; el cuidado de su asistencia nos ocupaba, la idea de que se le hacia todo el bien posible; era consuelo, y no habia tiempo ni sosiego para recapacitar sobre aquella tragedia; no se siente la estension ni la profundidad de ninguna hasta que se recapacita.

Mas terrible que ver morir al herido, es escribir á su familia que ha muerto. Ved la persona encargada de participárselo. Costumbre tiene de escribir, y no acierta. Enjuga muchas veces los ojos antes de poder trazar una sola palabra sobre el papel. ¿Cuáles empleará? Ninguna le parece buena. Recuerda las del moribundo. «Mis pobres padres, decia, que me quieren tanto, ¡qué pena van á tener!» ¿Cómo dársela? Pero es preciso. Escribe al párroco del pueblo; le ruega que prepare á aquel matrimonio infeliz á saber su desventura. Le ve entrar en la pobre casa de los labradores; oye la triste voz con que estos le hablan de su hijo, de quien no saben hace mucho tiempo; y cómo se alarman al observar en el sacerdote la triste solemnidad con que habla siempre la persona que, teniendo entrañas, está encargada de anunciar una gran desgracia; y cómo los padres del soldado, aunque poco perspicaces, adivinan la suya, y dicen: *¡José ha muerto!*

Sí, murió víctima inocente de la guerra; murió como cientos, como miles de jóvenes que no volverán á ver sus padres ancianos; y esa carta, con tanto dolor escrita, con espresion tan singular entregada al que ha de llevar al correo, es como otros cientos y miles de cartas lúgubres, mensajera de la muerte.

El campo de batalla, el convoy de heridos, el hospital de sangre; cosas horribles: pero en tiempo de guerra, cosa triste tambien la baliya del correo. ¡Cuadro desgarrador el que se ofrece al leer uno de esos papeles esperados con tanta impaciencia, recibidos con tanta amargura.

Mientras dure la guerra, no mireis un correo sin afligiros. Pero ¿qué cosa puede mirarse sin afliccion mientras dure la guerra? Y lo mas aflictivo de todo es ver á los que no se afligen.

Concepcion Arenal.

LOS ENFERMOS DE LA CARCEL DE ALCALA DE HENARES.

Recordarán nuestros lectores aquel cuadro horrible de una mujer presa en la cárcel de Alcalá, gravemente enferma, que tenia por cama el suelo al recibir el viático. El sacerdote que la administró,

movido á compasion, nos habló de esta desdicha, ¿quién podia escucharla sin lástima? Dímosle la limosna que se calculó suficiente para una cama pobre, pero cama al fin. Animado con el primer éxito de su primera tentativa, ha hecho otras dirigiéndose á las personas caritativas de Alcalá, que no han sido sordas á la voz de uno de los mas terribles dolores como lo demuestra el siguiente estado.

Lista de las limosnas recogidas para proporcionar cama á los presos enfermos.

	Efectos.	Reals.
LA VOZ DE LA CARIDAD.....		104
D. ^a Y. A. de M.....	2 sábanas.....	»
D. ^a C. V. de M.....	1 id., 1 funda.....	»
D. ^a B. A. de A.....	1 manta.....	»
D. ^a M. S. de D. P.....	1 gergon, 1 manta.....	»
D. ^a D. H. de C.....	1 manta.....	»
D. ^a C. S. de C.....	2 sábanas.....	»
D. ^a A. R. de M.....	2 sábanas.....	»
D. ^a A. S. C.....	1 gergon.....	»
D. A. C.....	1 gergon.....	»
D. ^a C. C. de S.....	1 sábana, 1 almohada, 1 funda.	»
D. ^a J. M. de M.....	1 almohada, 1 funda.....	»
D. ^a A. S. de P.....	2 sábanas, 2 fundas.....	»
D. ^a C. de la C. de I.....		80
D. ^a M. V. de S.....		80
D. J. P. F.....		80
Sra. de M.....		40
Sta. de M.....		20
Sta. de M.....		20
	TOTAL.....	424

Inversion de estas cantidades.

Seis mantas, á 42 rs.....	252
Veinte varas de terliz para colchones, á 4 rs. una.....	80
Diez id. para jergones, á 5½ rs. una.....	55

Dos arrobas y media de hoja de maiz.....	25
Tres varas de tela para almohadas, y seis piezas de cinta para colchones.....	12
	<hr/>
TOTAL.....	424
	<hr/>

Entre los efectos recogidos y los comprados se han reunido.

Colchones.....	4
Gergones.....	5
Mantas.....	9
Sábanas.....	11
Almohadas.....	5
Fundas de id.....	5

Habia tablados con banquillos de hierro. Todos estos efectos han sido entregados al Ayuntamiento por el iniciador de esta buena obra. Debe caberle una gran satisfaccion en haberla llevado á cabo, lo mismo que á las caritativas personas que con tanta generosidad le han prestado su apoyo.

Pero que un grupo de personas cumpla con la ley de Dios y con los deberes de humanidad, que algunos pobres presos tengan en su enfermedad donde reposar su cuerpo dolorido, ¿qué es para los millones de españoles que no piensan en el estado lamentable y vergonzoso de las cárceles, y para los miles de infelices que gimen en ellas, tal vez inocentes, sin tener lo mas indispensable para las necesidades de su alma y de su cuerpo, espuesta aquella al contagio del crimen, y este á las enfermedades que lleva consigo la falta de aire salubre, de alimento sano, de abrigo y de cama? ¿Cómo han de mirar á la sociedad los que así son tratados por ella? Para hombres que sufren en tanto abandono moral y material, la sentencia no puede tener la moralidad de la justicia; la absolucion es un horrible escarnio, y la condena debe parecerles mas que el fallo de la ley, el abuso de la fuerza.

Repetimos lo que decíamos háce pocos dias, tratando de este mismo asunto: mientras nuestras cárceles y presidios continúen siendo lo que son, no tenemos derecho á llamarnos un pueblo civilizado y cristiano.

Concepcion Arenal.

LA CARIDAD EN LA GUERRA.

La Comision Provincial de la Cruz Roja de Santander ha publicado una Memoria dando cuenta de los donativos recibidos, gastos hechos y servicios prestados durante las operaciones que precedieron al levantamiento del sitio de Bilbao, y en cuyo tiempo Santander recibió tan gran número de heridos. La Cruz Roja estableció un hospital destinado á oficiales, que fueron los asistidos en él, aunque la gran necesidad de camas que hubo en algunos momentos, hizo que se admitieran algunos soldados.

Se asistieron en el hospital 98 heridos, además de curar á muchos mas leves, alojados en la poblacion, y dar efectos sanitarios á muchos que se curaban en su alojamiento, y á los hospitales.

Como los heridos leves seguian al interior por regla general, los que se asistieron en el Hospital de la Cruz Roja de Santander fueron en casi su totalidad graves, y es ciertamente muy consolador; y habla muy alto en favor de los facultativos y asistentes, el que de 98 heridos no falleciesen mas que 2. Estos dos números son el mayor elogio de la Cruz Roja de Santander, y deben ser su mayor satisfaccion.

Da la memoria cuenta detallada de los donativos recibidos, tanto en efectos como en metálico: nos limitamos por falta de espacio á consignar estos últimos, que ascendieron á 20.696 rs.

Por una equivocacion, se dió como donativo de la Seccion Central de Señoras, 1.000 rs. que remitió LA VOZ DE LA CARIDAD, equivocacion que ha rectificado el Sr. Presidente de la comision, en la carta siguiente.

Sres. Redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD.

«Muy Sres. mios y de toda mi consideracion: Por una equivocacion que lamento, y de que me apercibí demasiado tarde, en la Memoria publicada por esta comision de la Cruz Roja que tengo el honor de presidir, se supone hecho por la Seccion Central de Señoras el donativo de 1.000 rs., remitido por la Redaccion de LA VOZ DE LA CARIDAD, de la suscripcion abierta en esa benéfica publicacion; donativo que fue el primero que en metálico recibimos.

»Aprovecho esta ocasion para ofrecer á ustedes los sentimientos de mi gratitud y distinguida consideracion.

Aurelio de la Revilla.

Santander 30 de octubre de 1874.

La Memoria está dedicada á la Presidenta de las Sras. de la Cruz Roja de Madrid, en prueba de gratitud por los muchos socorros que enviaron al hospital de Santander.

El Sr. Revilla no se limita á dar cuenta de lo hecho por la digna asociacion que preside, tambien da alguna idea de la mucha caridad del pueblo de Santander, aunque de ella se forma mas aproximada idea oyendo á los heridos. Uno que lo fue el 25 de marzo de 1874 en Somorrostro, despues de contar la horrible noche que allí pasó, la gran caridad de Castro-Urdiales, el abandono de Santoña, al hablar de Santander, exclamaba: «¡Oh! Allí no se puede decir con palabras cómo nos recibieron. Los Señores llevaban las camillas, nos ponian en ellas con un cuidado! Y luego la gente nos rodeaba preguntando con tanto cariño dónde teníamos la herida, y si era grave, ofreciéndonos caldo, vino, vizcochos y qué se yó cuantas cosas.

»Hasta cuartos nos daban: en mi camilla echaron muchos; á mi me causaba vergüenza y les decia que los guardasen, que yo no los necesitaba; los Sres. me digeron que los recogiese porque no se tomara el rehusarlos á desprecio, y los guardé por esta razon, aunque me costó trabajo; parecía que era como recibir limosna, y muchas de aquellas personas tenian traza de necesitar para sí lo que daban.

»En el hospital, ¡qué asistencia! Aquello era un cuidado y un regalo, como no podíamos tener mas aunque estuviéramos en nuestras casas y fuéramos ricos. Lo peor es que duró poco, nos sacaron de Santander. ¡Cuánto lo sentimos!»

Estas sencillas palabras, oidas á un herido, habrán sido repetidas poco mas ó menos por todos los que fueron tan cariñosa y espléndidamente socorridos en la ciudad, que en la epidemia y en la guerra se ha conquistado el nombre de *caritativa*.

LOS DOS ALBAÑILES.

I.

Hace treinta años Albacete era una aldea con honores de capital. Cruzadas sus calles principales por un inmundo riachuelo, de cuyo nombre no quiero acordarme, mondas de piedras y baldosas, sin un edificio digno de notar en la arquitectura antigua ni moderna, cortadas por barrancos y promontorios, formaban una visualidad

tan rara á los ojos del forastero, que no es extraño quedase como artículo de fe aquello tan sabido de

*¿Albacete?
Miralo y vete.*

Por fortuna el silbo embravecido del *vapor* y la rápida sacudida de la *electricidad* vinieron á despertar de su letargo á aquellos pacientísimos habitantes, y en un abrir y cerrar de ojos, la émula de Chinchilla (*) se vió remozada, limpia y tersa, con casas vistosas, paseos viables si no amenos, Audiencia elegante, y una calle nueva y linda, como una linda muchacha de quince años.

Albacete penetró al pronto con gran entusiasmo por las puertas del progreso, si bien la política acudió á interponerse para matar en gérmen sus mas nobles aspiraciones.

En este período febril de regeneracion es cuando las artes y la industria tuvieron ocasion de ser en Albacete, y cuando el trabajo, símbolo civilizador en la vida de los pueblos, comenzó á estender sus beneficios por esa casi olvidada region de España.

Y en ese período tambien es cuando tuvo lugar el hecho heróico que vamos á relatar á nuestros lectores.

El tio Martin era un honrado menestral, cargado de hijos y de virtudes... Pedro un huérfano, sin otros bienes de fortuna que sus brazos robustos y sus sentimientos nobles... valores que no se cotizan en ningun mercado bursátil del mundo.

La historia que unió á estos dos séres humildes y desconocidos en la humanidad, es una historia que está dicha en cuatro palabras.

Una tarde de enero salia el tio Martin de casa del alcalde, donde habia terminado el blanqueo de algunas habitaciones. Al abandonar el portal tropezó con un niño que estaba amaratado y desfallecido por el frio y por el hambre.

—¡Demonio de arrapiezo!.... gritó el tio Martin, que estuvo á punto de besar el suelo. ¿Por qué no te pones en medio del arroyo?

El niño apenas pudo balbucear una excusa.

Un estremecimiento prolongado se apoderó de todo su cuerpo, y el miedo mezclado con la fiebre se reveló en su rostro.

—¿Qué es eso, muchacho, qué es eso? dijo el tio Martin acercándose á él y dulcificando el tono de su voz. ¿Tienes miedo?

—Sí, señor..... ¡Tengo miedo y tengo frio..... y tengo hambre!....

Al oír estas palabras palideció el tio Martin.

Acercóse al niño, hincó una rodilla en tierra y se puso á con-

(*) Ciudad antiquísima á dos leguas de Albacete.

templar aquella fisonomía triste y resignada, en la que el dolor había impreso su huella de una manera profunda.

Aquella fisonomía lo revelaba todo. Las almas grandes y generosas, mejor que la intensidad del placer adivinan la profundidad del sufrimiento.

El tío Martín comprendió que aquel niño era un desheredado de la fortuna, sin más presente venturoso que su inocencia y sin otro porvenir feliz que la muerte.

¿A qué interrogar con la lengua cuando los ojos eran testigos de tanta miseria? El tío Martín levantó en sus brazos al niño, lo estrechó contra su pecho, y envolviéndole en su capa echó á andar apresuradamente.

Por primera vez aquellos dos corazones confundieron sus latidos. El infortunio y la caridad, unidos de esta suerte, formaron ese himno mudo que la virtud eleva al Creador. Las lágrimas que se resbalaron por las mejillas del tío Martín fueron el premio más cumplido de su buena acción. ¡Qué otro más grato que esa silenciosa explosión del sentimiento que se deshace en llanto!

Por fortuna para el tío Martín, una boca más ó menos no era cosa de cuidado para él, que en realidad no tenía más que siete hijos.

Pero en cambio ganaba siete reales de jornal, y váyase lo uno por lo otro.

Cuando llegó á su casa y dió cuenta á su mujer del hallazgo, hubo un momento de perplejidad. La pobre madre tendió la vista por la prole que hormigueaba en derredor suyo, y lanzó un suspiro, que Job hubiera envidiado en el fondo de su pacientísimo corazón.

—¡Repara que no puede ser, que tenemos siete hijos!

El tío Martín, en vez de los labios desplegó la capa, y dió á luz el hallazgo.

—¡Ay, pobrecito de mi alma!.... ¡Qué aterido está el ángel mío! dijo la mujer del tío Martín. Dame, dame lo acerco á la lumbre.

—Mejor será que le acerques á una cazuela de sopas, contestó el menestral soltando la carga.

—Tienes razón; voy á hacérselas en seguida.

El tío Martín se acercó á su mujer y la estrechó entre sus brazos.

La buena madre exclamó:

—¡Cómo ha de ser!

—Dios nos ha mandado un hijo más. Hay que cumplir sus mandatos.

Desde aquel momento Pedro formó parte integrante de aquellos

séres, y tuvo los tres bienes mas preciados de la tierra: una familia, una salud completa y un pedazo de pan.

Y el niño se hizo hombre y sintió los tres amores mas necesarios al alma: el amor á Dios, el amor al trabajo, y el amor á sus semejantes.

Cuando Pedro cumplió veinte años y se dió cuenta de su pasado y su presente, comprendió lo que debia á aquellos infelices jornaleros que le habian prestado el dulce nombre de padres, y su corazon se abrió á la gratitud, como la flor del valle á la primera luz del dia.

Así trascurrieron algunos años: el tio Martin siendo modelo cumplido de virtudes, y Pedro la envidia de los mancebos del pueblo y el encanto de las mujeres.

Porque Pedro era tan hermoso de alma como de rostro, y nadie le aventajaba en apostura y vigor. La vida se desarrollaba poderosa en sus grandes y rasgados ojos negros, y habia en sus movimientos un sello especial de honra y distincion, que formaba indefinible contraste con su traje habitual.

¿Qué extraño, pues, que todas las miradas se fijasen en Pedro? ¿Qué extraño que una mujer grabase su imágen en lo mas hondo de su corazon para acariciarla en silencio?

Pero ¡ay! el amor hace esclavo aun á quien fácilmente se domina. Un dia vió Pedro el rostro de una mujer coloreado por la ansiedad y el rubor, y al contacto de aquella mirada, un estrechamiento turbó su razon y sus sentidos.

¿Qué mas necesitan dos almas amantes para comprenderse, que una mirada? Pedro se sintió subyugado, y una suprema felicidad, desconocida para él, vino á enriquecer sus esperanzas con las mas risueñas ilusiones.

Aquella mujer estaba lejos, muy lejos de él por su clase, su posicion y su fortuna; pero el amor no reconoce vallas, y Pedro vió desplomarse una á una todas las que forjaba su imaginacion calenturienta y recelosa.

El misterio mas profundo venció todas las envidias y todas las recriminaciones, y un dia Pedro pudo leer estos renglones, que eran la realizacion de sus mas halagüeñas esperanzas:

«Huérfana y rica, muchos fingen querer mi mano; pero ninguno
 »la obtendrá, porque tú eres el elegido de mi corazon. Dentro de un
 »mes no habrá leyes humanas que puedan entorpecer la sagrada
 »union de nuestras almas. Hasta entonces, prudencia y sigilo, que yo
 »te juro, Pedro mio, que seremos dichosos y bendecidos por nues-
 »tros padres. ¿Qué mas necesitamos para ello que tu amor y mi fe?»

Esta carta suspendió por un instante el aliento de Pedro, porque hay alegrías que embargan el espíritu mas que el dolor. Por fin, rompiendo en gritos de entusiasmo, exclamó:

—¡Unidos!.... ¡Unidos para siempre!.... Dentro de un mes seré el hombre mas feliz de la tierra.

—Dentro de un mes, dijo el tio Martin penetrando de repente en la habitacion donde estaba Pedro, dentro de un mes habremos terminado la obra mas importante de nuestra vida.

—¡Una obra!

—Sí, hijo mio, sí; el revoque de la fachada de la iglesia parroquial de.... Ya ves si la cosa tiene importancia.

Tentado estuvo Pedro de decir lo que le ocurría, pero la prudencia selló sus labios.

—Bien, maestro, haremos lo que V. quiera.

Y Pedro se alejó del tio Martin para gozar á solas sus sueños de felicidad *futura*, sin adivinar que aquellos sueños eran la felicidad *presente* mas grande que podia disfrutar su corazon.

II.

Verdaderamente la iglesia parroquial de*** era tan estraña como fea.

Examinada á primera vista presentaba el aspecto de un elevadísimo torreón cuadrado, ennegrecido por el tiempo. Era mas bien atalaya del feudalismo, que morada de aquel ángel de que nos habla Chateaubriand:

«El ángel de las victorias,
Que hace voltear las campanas.»

Pero examinada detenidamente, presentaba una particularidad digna de mencionarse.

La parte superior de la torre era de piedra y la inferior de tierra (*). Es decir, la base se hallaba invertida, y el monte sustentaba la montaña. Parecía un guerrero del siglo XII erguido bajo el casco y la coraza.

Bruñir las armas del guerrero: hé ahí la mision del tio Martin. Ya la piqueta demoledora habia borrado las huellas del pasado de aquella base potente, que tan orgullosa se alzaba bajo su mole de granito.

Faltaba picar la piedra y rehacer las líneas del cornisamento, deshechas por las lluvias y los huracanes.

(*) Así esta construida la torre de la iglesia de San Juan de Albacete.

A medida que la obra tocaba á su término, el tío Martin estaba mas satisfecho y envanecido.

—Mañana quedará esa mole de piedra, blanca y lustrosa como si fuera de mármol, dijo un día el tío Martin.

Y en efecto, al siguiente, á los primeros rayos del alba, ya estaban los dos albañiles sentados sobre un largo andamio, dando la última mano á su tarea.

—¡Bendito sea Dios! exclamó el viejo menestral tirando la llana y la piqueta, y limpiándose el sudor que bañaba su rostro. ¡Ya hemos acabado!

—Ya hemos acabado de trabajar para siempre, dijo Pedro sonriéndose con orgullo.

—¿Cómo para siempre?

—Es un secreto que no puedo revelar á V. hasta mañana..... ¡Qué quiere V., tío Martin! Hay un plazo por medio, y yo no puedo portarme como un chiquillo..... Mañana lo sabrá V. todo. Hoy bástele á V. saber que estoy muy alegre, porque soy el mas dichoso de los hombres.

—Pues basta y sobra para que yo tambien sea feliz.

Y el tío Martin comenzó á frotarse las manos con fruicion extraordinaria.

De repente, un chasquido sordo y penetrante heló la sangre de sus venas.

Pedro sintió en sus manos el sudor de la agonía.

Acababa de crugir el andamio donde ambos estaban sentados.

Hay situaciones que el pensamiento abarca súbitamente, pero la pluma no puede describir.

El tío Martin y Pedro estaban en el dintel de la muerte.

Aquel ruido pavoroso no dejaba lugar á dudas.

La tabla que sostenia á los dos albañiles iba á romperse instantáneamente; cualquier movimiento, cualquier esfuerzo bastaba para precipitar la caída. La mano no llegaba á los extremos de la tabla para poder asir una cuerda; no habia un ángulo saliente, un punto de apoyo, un medio de salvacion. Delante, la superficie de granito; encima, la inmensidad; debajo, el abismo. ¿Qué hacer?

Pedro comprendió, con la rapidez del rayo, que la tabla donde estaba no podia sostener dos personas; que era preciso aligerarla de peso; que sobraba uno..... y que ese uno debia sucumbir.

—¡Usted tiene hijos!.... ¡muchos hijos!.... Yo soy solo en el mundo..... ¡Que Dios se apiade de mí!

Y estendiendo rápidamente las manos hácia el vacío, Pedro se dejó caer á plomo, yendo á estrellarse contra las piedras de la calle.

Mudo de estupor el tío Martín, sintióse arrastrado por un vértigo espantoso; un estremecimiento convulsivo se apoderó de todo su cuerpo, y cayó con las manos crispadas sobre la tabla, por la cual logró arrastrarse hasta tocar uno de sus extremos.

Cuando el tío Martín, con los ojos desencajados y el semblante cadavérico, llegó á su casa y quisieron interrogarle:

—No me preguntéis..... no me preguntéis, exclamó. ¡Pedro!.... ¡Pedro mio de mi alma!

Y sin dar salida al llanto que anegaba su corazón, cayó de nuevo desplomado en los brazos de su mujer y sus hijos.

III.

Ni una lápida, ni una cruz, ni una fecha recuerdan aquella heroicidad sin ejemplo en los fastos de los grandes sacrificios humanos.

La tiranía y la barbarie tienen su epopeya en la historia del mundo. Neron y Atila prestan su nombre á la poesía y al lirismo.

Se habla de los grandes crímenes; se enmudece ante las grandes virtudes.

Napoleon llena el mundo.

Pedro llena..... la memoria débil de algunos viejos albacetenses.

Y sin embargo, Napoleon el Grande no llegaba á la grandeza de Pedro el albañil.

¡Sacrificar la vida! Eso lo hace cualquiera por egoismo, por orgullo, por desesperacion, por dignidad. Eso pudiera haberlo hecho Napoleon.

¡Sacrificar su hermosa juventud, su amor, su felicidad, sus esperanzas! Eso lo hacen pocos, muy pocos. Eso lo hizo Pedro el albañil.

Cuando me relataron este suceso tendí la vista en rededor, buscando un monumento digno de Pedro.

Nada..... nada habia en la tierra. Elevé la vista al cielo..... ¡Es cierto, me dije, allí, allí debe estar! Y me alejé murmurando:

—Puede faltar á la grandeza de la virtud la gloria humana..... Jamás le faltará la gloria divina.

Francisco Perez Echevarria.

(Del Diario de Barcelona).

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO 5.º

Beneficencia.

La ciudad desolada.....	28
Cuenta de ingresos y gastos del 7.º semestre.....	30
Id. id. del 8.º.....	31
Id. id. del 9.º.....	367
Asilo de Nuestra Señora de la Asuncion.....	59
Las decenas de Barcelona.....	75
Hospicios y casas de Beneficencia.....	164
La Caridad en Cataluña.....	177
Los pobres van á tener frio y hambre.....	225
Ley de dementes.....	367

Prisiones.

La Penitenciaría política.....	153
Nueva carcel.. ..	161
Estudios penitenciarios del Sr. Borrego.....	246
Conduccion de penados.....	259
La prision preventiva.....	283
Id. id.....	337
Los enfermos de la cárcel de Alcalá de Henares.....	374

Caridad en la guerra.

La caridad en la guerra... 1, 17, 33, 49, 68, 82, 320, 331 y	376
Llamamiento á favor de los militares heridos.....	6
La deuda de la Francia y los heridos españoles.....	7
A.....	8
A los detractores de la Cruz Roja.....	18
Circular de Ginebra.....	20
A la Cruz Roja de Bruselas.....	22
La Cruz Roja sujeta á una ruda prueba.....	23
La Ambulancia de las Señoras.	35
Carta del Dr. Landa.....	36

**

Socorro á heridos graves.....	50
La caridad en la guerra y la justicia en la caridad.....	53
Relacion de donativos.....	61
Donativos.....	65
A la Cruz Roja de Bruselas.....	66
A la Gaceta Internacional.....	66
Instalacion de la Cruz Roja de Antequera.....	71
Cuenta de ingresos y gastos de la funcion del Liceo Piquer...	80
Donativos.....	81
Barcelona.....	84
Carta del Sr. Obispo de Salamanca.....	85
Atentados contra la Cruz Roja.....	87
Socorro para los heridos.....	97
Desde un hospital. Carta 1. ^a	98
Id. 2. ^a	129
Id. 4. ^a (la 3. ^a no pudo publicarse).....	193
Id. 5. ^a	226
Id. 6. ^a	241
Id. 7. ^a	260
El pañuelo del Dr. Smarck.....	102
Al Sr. D. J. S.....	107
Nuevos datos en defensa de la Cruz Roja.....	110
Contra calumnia resignacion.....	113
Lo que hay detrás de la Cruz Roja.....	115
Carta del Dr. Landa.....	119
Socorro á heridos.....	145
Cuenta de la Seccion Central de Señoras.....	149
Relacion de donativos.....	170
La Cruz Roja y el Sr. Obispo de Salamanca.....	183
Una gran idea.....	202
A.....	209
La Cruz Roja en Segovia.....	219
La Neutralidad.....	219
Dimision del Dr. Landa.....	229
Bienvenida.....	254
A.....	275
Lista de donativos.....	287
A.....	304
Estado de los enfermos y heridos asistidos en Miranda.....	332
Donativos hechos por los vecinos de Tafalla.....	333
Id. por los de Caparroso.....	334

Asuntos varios.

¡Padres desventurados!.....	9
Domingo de Ramos.....	11
Un compañero.....	41
La caridad y la política.....	41
Los enemigos de la caridad.....	56
D. Fernando de Castro.....	67
Un sitiador que no levanta el sitio.....	73
¡Pobre madre!.....	77
El precio del pan.....	103
Ha parecido.....	107
Notable ejemplo de caridad.....	108
Pensamientos..... 111 y	126
Sed tengo..... 124 y	138
Ciego y ciega.....	133
Los enriquecidos.....	136
Los pupilos del ejército.....	145
Moralización de los criados.....	167
El tío de América..... 173 y	187
Necesidad de amar.....	181
Arbitrages internacionales.....	186
Un paseo matinal.....	196
Hospitalidad en la zona del Norte.....	203
Los gallegos.....	206
En nombre del derecho.....	211
El barrio de Salamanca.....	216
Pensamientos.....	220
Mr. Morley.....	224
Adiciones á un capítulo de Souvestre.....	229
Premios á la virtud en Francia.....	237
Una Señora caritativa.....	248
El otoño.....	251
La fuente.....	254
La grulla herida.....	255
¿A dónde estais?.....	257
Un inválido interesante.....	263
Cuadros de la guerra, 1.º.....	265
Id. 2.º.....	280

Cuadros de la guerra, 3.º.....	293
Id. 4.º.....	310
Id. 5.º.....	328
Id. 6.º.....	343
Id. 7.º.....	364
Id. 8.º.....	373
¡Si yo fuera rico!.....	269
La campana de oro.....	271
Venta.....	273
¡Si yo fuera pobre!.....	275
Comunicado de un Madrileño.....	290
Comamos y bebamos.....	292
Historia de un lunar.....	297
Noche buena.....	307
Los consuelos de la muerte.....	315
Lecciones de un buitre.....	318
A los Redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD.....	322
Contestacion.....	325
La gota de agua.....	339
La montaña de las miserias.....	349
La caridad que consuela y la caridad que previene.....	358
Comunicado de un Madrileño.....	360
Contestacion al mismo.....	363
El príncipe mas afortunado.....	368
Trabajo y caridad.....	370
Los dos albañiles.....	378

Poesías.

Hijo y madre.....	42
En la tribulacion.....	122
Los náufragos.....	143
Abnegacion, constancia, fidelidad.....	157
La ambicion.....	172
La muerte.....	192
Cantares religiosos.....	240
El niño espósito.....	256
LA VOZ DE LA CARIDAD.....	303
Comunicado del Ministro de Ropa Vieja.....	353